

El choque de ideas económicas

Título: El choque de ideas económicas

Autor: Lawrence H. White

Edición: Antoni Bosch editor, 2015, pp. 512

Antonio NOGUEIRA CENTENERA

Universidad Complutense de Madrid

¿Tiene consecuencias la ideología económica? ¿Poseen importancia las polémicas doctrinales que los economistas suscitan cuando se diseñan las políticas públicas? Estas y otras preguntas similares plantea el autor de este libro, Lawrence H. White —catedrático en la George Mason University— quien analiza las principales disputas entre los partidarios y los detractores del “laissez-faire” desde el fin de la Primera Guerra Mundial hasta la crisis de deuda soberana que los países de la zona euro soportaron a partir de 2007.

Como es sabido, tanto John Maynard Keynes como Friedrich Hayek —en la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* (1936) y en *The Intellectuals and Socialism* (1969), respectivamente— afirmaron que las ideas económicas del pasado influyen en los “policy-makers” presentes y futuros. Por el contrario, en su *Tratado de Sociología General* (1916), Vilfredo Pareto consideraba que son los grupos políticos dominantes quienes fijan de antemano la agenda oficial, determinando qué teoría económica prevalecerá a cargo de los especialistas. Una posición intermedia fue la que mantuvo George J. Stigler en *El economista como predicador* (1987). El profesor de la Universidad de Chicago criticaba la tendencia de aquellos colegas que se refugian en una vacua denuncia de las políticas públicas equivocadas, sin ir acompañada tal acusación de una teoría de los errores, concluyendo que los economistas «somos bien recibidos en la medida en que predicamos lo que la sociedad desea oír» y advirtiendo que «el grado de popularidad de un predicador no mide necesariamente su influencia como predicador, no digamos ya como académico». En esta obra, White procura hacer ver que existen episodios de la historia de la política económica en los cuales la tesis de Pareto prevalece, mientras que en otras situaciones —por ejemplo, la derogación de la British Corn Law de 1846— el criterio de Keynes y Hayek triunfa.

Después de una introducción que delimita los términos de la discusión a favor o en contra del libre mercado, el autor comienza cada capítulo abordando un problema económico relevante «que provocó o reavivó el debate entre los economistas o con una nueva política pública en la que los economistas jugaron un papel relevante». Con el propósito de realizar «un viaje en el tiempo hasta los debates y los desarrollos teóricos de siglos anteriores», White emplea una metodología singular, poco ortodoxa, nada cronológica, tomando como modelo la técnica de *flash-back* que puso de moda el cineasta estadounidense Quentin Tarantino en *Reservoir Dogs* y en *Pulp Fiction*; de este modo, en su opinión, el relato consigue un mayor dinamismo, advirtiendo al lector, no obstante, que éste «no debe pensar que los capítulos que siguen son un caos cronológico o bien que se van por las ramas. Se les puede calificar como *tarantinianos*, sólo que no tan sangrientos y con un lenguaje menos soez».

En este sentido, aparecen determinados episodios en los que la tesis paretiana confirma que una política pública concreta precede a su justificación teórica. Uno de ellos fue el debate sobre el cálculo socialista del mercado, liderado por el economista polaco Oskar Lange en los años treinta, que no hubiera perdurado bajo un escenario distinto al de la Europa de 1945, siendo además deudor del triunfo bolchevique casi veinte años atrás. En situaciones distintas, por el contrario, la interpretación keynesiana y hayekiana se impone. Es el caso del laborismo británico de postguerra, muy influido por la interpretación fabiana de la historia económica y por la teoría de la renta de David Ricardo, entre otros antecedentes intelectuales. El renacimiento de la economía de Adam Smith, a cargo de la Mont Pelerin Society fundada por Hayek en 1947, es igualmente una muestra reveladora donde las ideas condicionarán la acción gubernamental venidera. Lo mismo podría decirse, más o menos, del sistema de planificación establecido por

Jawaharlal Nehru tras la independencia de India, o del “milagro económico alemán” a cargo de los ordoliberales (Ludwig Erhard, Walter Eucken, Wilhelm Röpke) que sobrevivieron al nazismo. Sin embargo, no puede concluirse que la disyuntiva que plantea White sea tan contundente. A la hora de explicar el sistema financiero de Breton Woods, la gran inflación de 1970 y el monetarismo de Milton Friedman, o el auge del Estado según la teoría de los bienes públicos (Ronald Coase) y de acuerdo a la teoría de la elección pública (James Buchanan), tal dualidad no se evidencia ante los lectores de una forma tan nítida; en realidad, el autor parece decantarse tácitamente por la opción escéptica de Stigler.

Además, los *flashbacks* no siempre funcionan. Hay una muestra sintomática de ello cuando se aborda el New Deal de Franklin Roosevelt y el institucionalismo norteamericano, de los que White no guarda una especial simpatía. El autor se retrotrae a Thorstein Veblen y a la teoría del infraconsumo de J.A. Hobson —evidentemente— pero incurre en un excursus alrededor del taylorismo y del historicismo germánico, descuidando acaso ciertas aportaciones que ayudarían a entender mejor la era rooseveltiana. ¿Los economistas son los únicos *influencers* dentro de la política económica? Como señala John Kenneth Galbraith en sus Memorias —malparado por White en este libro— el presidente estadounidense se rodeó de un conjunto de empresarios afines a modo de cortafuegos que le protegiera frente a la hostilidad del mundo de los negocios. Entre aquellos destacaba Henry Dennison, dueño de una firma que elaboraba productos de papel y miembro del Consejo de Empresas del Departamento de Comercio, quien ayudó a Galbraith —jefe de la Oficina de Control de Precios en 1941-1943— a conocer el interior de los *lobbies* en Washington. A inicios de 1936, Dennison, junto a Lincoln Filene (cuyo hermano era el fundador de la Fundación Twentieth Century), Morris Leeds —fabricante de Filadelfia— y Ralph E. Flanders, productor de máquina herramienta en Springfield, escribieron un libro que demostraba que los empresarios también podían ser partidarios de Roosevelt. Dennison describía que la Gran Depresión se debía a la falta de empleo de la renta que en principio pareciera destinarse a la corriente de ahorro, cuestión analizada poco después por Keynes en la *Teoría general*.

En suma, es evidente que el profesor White —experto en historia monetaria y financiera, colaborador en *The Wall Street Journal*, cuyos artículos se publican en *American Economic Review* o en *Journal of Economic Literature*— ha realizado en esta ocasión un *tour de force* que merece el máximo interés, gracias al cual a partir de ahora pueden comprenderse mejor algunas de las claves en torno a las circunstancias de la última política económica global, aunque tal vez pueda observarse que algunos de las relaciones causales que vertebran su argumentación quizá no cumplan, por su anacronismo, el objetivo final apetecido. Aparte de la demora narrativa que lleva aparejada la técnica elegida, podría cuestionarse si, parafraseando al novelista Stefan Zweig, en cada uno de los “momentos estelares de la política económica” es justificable la forzosa participación doctrinal de los grandes economistas clásicos de todos los tiempos, descuidando otros componentes alrededor de la centuria discutida, como son el contexto histórico o las relaciones de poder entre los diferentes actores que se encontraron particularmente concernidos.